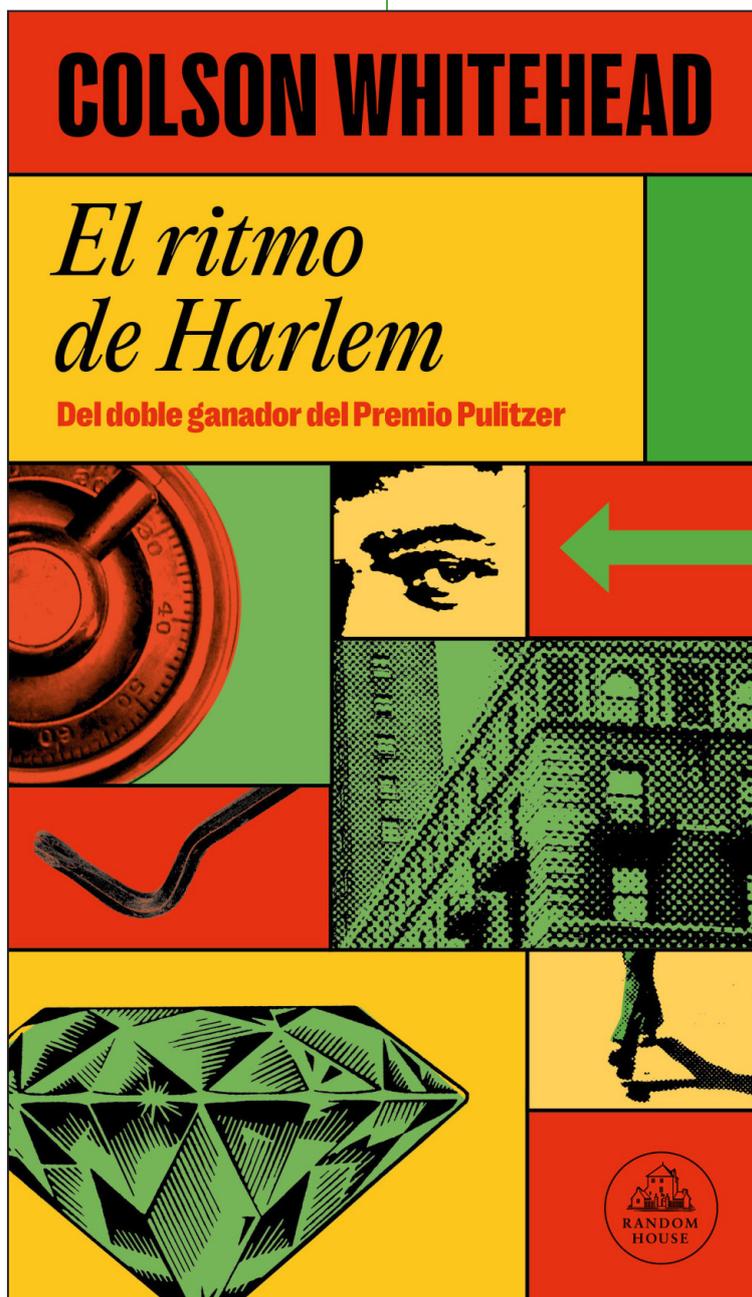




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

El escritor ganador de dos premios Pulitzer compone una novela policíaca con destellos de comedia y drama social que recrea magistralmente el paisaje criminal del Harlem de los años sesenta, epicentro de la lucha por los derechos civiles.

Corre el año 1959, y al frente de la tienda de muebles de la calle Ciento veinticinco, en Harlem, Ray Carney intenta alejarse de la vida de delincuencia que su padre, un miembro de la mafia afroamericana, le mostró de niño. Entre sofás, sillas y vistosos jarrones, Ray ha querido construir una imagen de hombre honrado, pero los muros de este negocio limpio son más débiles de lo que cree, y con una hija pequeña y un bebé en camino necesita sacarse un dinero extra revendiendo artículos robados. Distribuir unos cuantos aparatos de televisión que no se sabe de dónde vienen en las tiendas de sus contactos del downtown neoyorquino, sin embargo, parece un juego

de pícaros al lado de lo que le propone su primo Freddie una calurosa noche de junio: participar en el robo del famoso hotel Theresa, el Waldorf de Harlem. Liderada por Miami Joe, la banda de delincuentes que urde el golpe necesita al comerciante para revender el contenido de las cajas fuertes de los huéspedes, y su plan suena perfecto hasta que descubren que una de las víctimas del atraco es la amante de Chink Montague, uno de los gánsters más poderosos de la ciudad. Ray se ve envuelto entonces en una peligrosa trama criminal de la que logra salir con vida gracias a la oportuna intervención de Pepper, un viejo colega de su padre.



RANDOM HOUSE

Dos años más tarde, desde la calle Ciento veinticinco, Ray continúa buscando el modo de sacar a su esposa Elizabeth y sus hijos del piso con vistas al tren elevado, mientras sus suegros, una pareja de piel algo más clara e impecable linaje, se encargan de señalarle su techo de cristal. Si se trata de dar un salto social y labrarse un futuro mejor, Ray sabe que una de las claves es acceder al exclusivo club Dumas, del que forma parte la élite afroamericana y, por supuesto, su suegro. Pero el asunto no es sencillo, y en una ciudad donde hay un flujo continuo de sobres con dinero, la honradez vuelve a quedar de lado. Tras ser estafado por un influyente banquero que le ofrece abrirle las puertas del club a cambio de un buen puñado de dólares, Ray debe pactar con un policía corrupto, un pornógrafo pirómano y una prostituta, entre otros personajes de dudosa calaña, para tramar su venganza.

Entre un trabajo sucio y otro, y unos cuantos sofás vendidos a plazos, Ray consigue finalmente comprar un apartamento en el arbolado boulevard Riverside Drive. Es 1964, y el rock and

roll marca el ritmo de Harlem; la heroína, implacable, se extiende a lo largo y ancho de la isla; una nueva camada de improvisados delincuentes hace que Pepper añore más que nunca los viejos tiempos; el downtown ha sido arrasado para construir el World Trade Center; y la muerte de un adolescente negro abatido a tiros por la policía desata una ola de disturbios en el barrio que se prolonga por seis días y marca un punto de inflexión en la lucha por los derechos civiles. En ese ambiente crispado, y de la mano de Freddie, Ray se ve arrastrado a otra aventura ilícita que, esta vez, involucra a un heredero heroinómano, inescrupulosos inversores inmobiliarios, un collar de esmeraldas y unos cuantos títulos de propiedad. Las cosas, como acostumbra a pasar, no salen como es deseado, pero entre asesinatos, cócteles molotov y bolas de demolición, Ray descubre los resquicios para continuar adelante y plantar cara a una ciudad en continua transformación, impulsado por su ambición y la esperanza de, tarde o temprano, poder verse a sí mismo como un hombre honrado.



RANDOM HOUSE

CLAVES DEL LIBRO

A lo largo de dos décadas de trayectoria literaria, Colson Whitehead ha dado cuenta de su inventiva y su capacidad para recrear su escritura a través de registros tan variados como la ficción especulativa —*La intuicionista*—, la novela de zombis —*Zona Uno*—, la nostálgica evocación de adolescencia —*Sag Harbor*— o la narrativa de trasfondo histórico en *El ferrocarril subterráneo* y *Los chicos de la Nickel*, novelas por las que obtuvo el Premio Pulitzer en dos ocasiones: 2017 y 2020. Cada una de estas obras ha supuesto un giro en su carrera, pero también, una ingeniosa vuelta de tuerca a géneros narrativos que, en sus manos, se expanden más allá de las fórmulas canónicas con tanto sentido del humor como destreza. Siguiendo por este camino, en *El ritmo de Harlem*,

Whitehead vuelve a sorprender con una novela policíaca en la que los negocios sucios, los gánsters y los policías malditos se dan cita en una trama que impulsa a pasar páginas de manera compulsiva. Pero lo que podría ser una pieza más del popular género se transforma, sin embargo, en un relato chispeante y cargado de comicidad que nos ofrece un brillante fresco del Harlem de los años sesenta donde, entre ecos de jazz y el nuevo sonido de rock and roll, las historias de los inmigrantes sureños que llegaron allí huyendo del Ku Klux Klan y descubrieron, a cambio, mecanismos de segregación menos evidentes pero igual de eficaces, se entrecruzan con las de una nueva generación de afroamericanos que levanta sus puños para luchar por los derechos civiles.



RANDOM HOUSE

Sobre el trasfondo de un barrio que cambia y, a su vez, permanece fiel a sí mismo, Colson Whitehead delinea con mucha humanidad a su protagonista: un hombre corriente cuyo deseo de salir adelante y dar un salto social que lo aleje de la incómoda figura paterna, es proporcional a su capacidad de autoengaño. Con sus ambiciones, sus trampas morales y una doble vida a la que no es fácil renunciar, Ray Carney es el hilo que conecta las tres secciones de una novela donde desfila una hilarante galería de personajes secundarios y cada episodio criminal da pie a un nuevo enredo que mina la honradez del protagonista. Trazando un arco temporal que recorre cinco años de historia, *El ritmo de Harlem*, a su vez, toma nota del pulso de las modas y los cambios sociales que se gestan en un barrio que es, en buena medida, el espejo de una ciudad en la que existen tantos modos de delinquir como estratos en la sociedad. Del glamuroso hotel Theresa —epicentro de la vida cultural negra en Nueva York— a los antros de la heroína —que comienza a propagarse con una fuerza insospechada—, y de Washington

Heights a un downtown reconvertido en paraíso de especuladores inmobiliarios, la novela recorre un paisaje urbano que, como un organismo vivo, pone a prueba los sueños y fantasías de unos personajes que conocen muy de cerca la humillación, la frustración y el rencor que tienen su origen en la discriminación racial.

A través de una intriga con más de un guiño a las ficciones populares de los años sesenta, y que abre una saga policíaca que tiene a Harlem como gran protagonista, Colson Whitehead añade un nuevo capítulo al brutal relato que emprendió en sus anteriores novelas y que retrata el racismo que se perpetúa fuera y dentro de los márgenes de la comunidad afroamericana. En el asesinato de James Powell, un adolescente negro, a manos de un policía, hecho histórico que desata los disturbios en 1964 y que el escritor recupera en pleno auge del movimiento Black Lives Matter, se insinúan las terribles coincidencias entre el pasado y nuestro presente, y el largo recorrido de un conflicto que, como la ciudad de Ray Carney, se transforma y, al mismo tiempo, continúa siendo el mismo de siempre.



RANDOM HOUSE

LOS PERSONAJES

RAY CARNEY

El protagonista de *El ritmo de Harlem* es un vendedor de muebles y un padre de familia que hace todo lo posible por no seguir los pasos de su progenitor, un mafioso local que muere en un ajuste de cuentas dejando escondido en un neumático un fajo de billetes que su hijo toma para abrir la tienda. Huérfano de madre desde muy pequeño, Ray se cría con su tía Millie y su primo Freddie, al que cuida y protege como si se tratara de un hermano menor. La venta a plazos de sofás y mobiliario para salones, sin embargo, no da dinero suficiente para ofrecerle a su familia la vida a la que él aspira, y es por ello que Ray echa mano de los contactos de su padre para revender los objetos robados que los delincuentes esconden en su depósito, la cara B del negocio de la calle Ciento veinticinco.

«Le gustaba pasearse por la sala de exposición antes de abrir la tienda al público. Aquella media hora de luz matutina entrando por los grandes ventanales, justo por encima del banco de la acera de enfrente. Movía un sofá para que no estuviera pegado a la pared, enderezaba un rótulo de ganga, colocaba bien unos folletos de fabricante. Sus zapatos negros repicaban sobre la madera, se acallaban en la mullida zona de las alfombras, repicaban de nuevo. Carney tenía una teoría sobre los espejos y su capacidad de reflejar puntos de atención hacia diversos sectores del local; comprobó que fuera así. Luego abrió la tienda a Harlem. Aquel era su comercio, todo suyo, un reino improbable construido con uñas y dientes a golpe de ingenio y de laboriosidad. Su nombre afuera, en el rótulo, para que lo supiese todo el mundo, aunque por la noche las bombillas fundidas le dieran un aire tan solitario».



RANDOM HOUSE

FREDDIE

Freddie es un ladrón que, a diferencia de su primo Carney, no tiene ningún conflicto moral con su trabajo. A la caza y captura de oportunidades para dar un buen golpe, Freddie traba relación con los peores gánsteres del barrio y su primo debe salvarle el pellejo en más de una ocasión y mandarlo lejos de la ciudad. Su amistad con Linus Van Wyck lo pone a las puertas de una caja fuerte de valor incalculable pero el asunto le acaba saliendo demasiado caro.

«Eran primos pero la mayoría de la gente los tomaba por hermanos, si bien tenían rasgos de carácter muy distintos. El sentido común, por ejemplo. Carney sí tenía. A Freddie el sentido común parecía que se le escapaba por un agujero en el bolsillo, nunca le duraba mucho encima. Era de sentido común, sin ir más lejos, no aceptar un trabajo que tuviera que ver con números si el patrón era Peewee Gibson. Como lo era que, en caso de aceptar un empleo semejante, más te valía no meter la pata. Pero Freddie había hecho una cosa y la otra y aún tenía cinco dedos en cada mano. La suerte compensaba sus muchas carencias».

PEPPER

Colega del padre de Carney, Pepper es un duro mafioso que defiende los códigos éticos de la vieja escuela de delincuentes y mira con desdén los usos y costumbres de una nueva oleada de ladrones y corruptos improvisados. Intenta, en vano, darle a Ray una imagen mejor de su padre, y se ríe de las torpezas del vendedor de muebles, al que, por lealtad hacia los Carney, salva del desastre en más de una ocasión.

«Pepper llegó el último, como el día de la reunión en Baby's Best. Una táctica personal, dedujo Carney. Era fornido y patilargo e iba un poco encorvado para disimular su tamaño real. Había algo raro en él que te hacía mirarle dos veces, pero sus ojos negros te obligaban a apartar la vista antes de saber qué era. Alguien que no debía estar allí pero estaba. Un tipo de las montañas que se había equivocado de camino y había acabado en la ciudad, o una brizna de hierba arrastrada por el viento que había encontrado agarre en la grieta de una acera: un cuerpo extraño que se había adaptado a su nuevo hogar.»

ELIZABETH JONES

La esposa de Carney es una mujer que se ha criado en el seno de una familia de clase media de piel un tono más claro que su marido. Dividida entre la



RANDOM HOUSE

confianza hacia Ray, de cuyos negocios turbios no sabe nada, y los reclamos de sus padres, que intentan sacarla del pequeño piso con vistas al tren elevado y traerla de regreso a su casa, en una calle decente de Harlem, Elizabeth construye su propio y firme discurso identitario trabajando en una agencia de viajes para negros.

«Carney recordaba aquellos tiempos en que todo era demasiado caro y a la vez demasiado necesario, Elizabeth y él recién casados tratando de abrirse paso en la vida. Él ya tenía la tienda de muebles, la pintura fresca aún; nadie pensó que conseguiría montar aquel negocio, nadie excepto ella. Cuando al final de la jornada Elizabeth le daba ánimos y le decía que todo saldría bien, él rumiaba sobre esas extrañas cosas que ella le ofrecía: bondad, fe, artículos que no sabía en qué caja meter».

MIAMI JOE

Oriundo de la ciudad a la que le debe su nombre, Miami Joe se pasea por Harlem enfundado en un traje morado con un pañuelo en el bolsillo. Tras una temporada haciendo trabajos de poca monta para un mafioso, este ladrón quiere dar un gran golpe y las cajas fuertes del hotel Theresa son el objetivo perfecto. Sin embargo, no todo sale como estaba planeado y Miami Joe acaba envuelto en una alfombra.

«Eran conejos temblorosos y asustados. Miami les habló en un tono sereno, sin alzar la voz, no para tranquilizarlos sino porque le parecía más sádico así. Experimentaba la misma excitación sexual que en todos sus golpes, era algo que ocurría cuando la cosa se ponía en marcha y que se disipaba al terminar el trabajo, y Miami Joe ya no se acordaba de ello hasta el siguiente golpe. No conseguía que le ocurriera a no ser en pleno atraco, lo cual le hacía pensar que la idea del plan y su ejecución práctica estaban en armonía».

WILFRED DUKE

Influyente banquero negro, Duke es el hombre al que debe recurrir cualquier afroamericano que quiera emprender un negocio en Nueva York... o ingresar en el prestigioso club Dumas. Carney contacta con él para entrar en la institución a cambio de un sobre con dinero, pero fiel a su modo de hacer negocios, el banquero lo estafa. Con ayuda de un inspector de policía, Carney consigue que Duke sea el protagonista de un escándalo que echa por tierra su reputación y le cuesta la membrecía del club.



RANDOM HOUSE

«En Harlem había yonquis evidentes, los que se balanceaban al compás de una música que escuchaban por dentro, y luego estaban los ciudadanos de quienes uno jamás pensaría que están enganchados. Personas normales con empleos honrados que se acercaban a los hombres de Dixon, pillaban, y salían disparados hacia sus madrigueras. Y luego estaba Duke. Duke mercadeaba a diario, haciendo sus propias entregas en restaurantes y clubes, vendiendo otro tipo de droga: influencia, información confidencial, poder. Uno ya no sabía quién se metía qué, pero estaba claro que media ciudad iba hasta las cejas de una cosa u otra».

LINUS VAN WYCK

El amigo de Freddie es el trágico heredero de una de las familias más poderosas de la alta sociedad neoyorquina. Obligado por sus padres a someterse a electroshocks para tratar sus tendencias homosexuales, Linus se aleja de la familia, se convierte en un beatnik heroinómano y es desheredado. Las historias de robos que le cuenta Freddie lo animan a idear un plan para atracar la caja fuerte de sus padres, que esconde un espectacular collar de esmeraldas y documentos aún más valiosos.

«Hay cosas que un padre le puede decir a un hijo que otros no deberían oír. Veredictos y afirmaciones hirientes, mezquindades disfrazadas de principios magnificados por el tiempo, rencores de honda raigambre. Un testigo puede hacer que estas cosas se vuelvan imborrables de un modo que no lo serían si no hubiera alguien más escuchando. Desde luego, es mejor no oír cómo le hablan a tu amigo de la forma en que lo hacía Ambrose Van Wyck.»



RANDOM HOUSE

FRAGMENTOS

LA LEY DEL PADRE

«Hasta que un día le abrió la cabeza a Oliver con un trozo de tubería metálica. Tenía forma de U, como si procediera de debajo de un fregadero. Fue como si hubiera aparecido en las manos de Carney, un trozo de hierro desterrado del solar vacío en la esquina de Ámsterdam con la Ciento treinta y cinco, donde lo habían acorralado. La voz de su padre: Así es como hay que tratar a quien te toca los cojones, hijo. Le fastidiaba ver a Oliver en la escuela, sacando pecho y haciéndose el chulo. Carney supo más adelante que su padre había timado al padre de Oliver en un chanchullo con neumáticos robados, y puede que de ahí viniera todo.

Fue la última vez que levantó la mano. Tal como él lo veía, vivir te enseñaba que no había que vivir como te habían enseñado a hacerlo. Cada cual venía de un lugar, pero lo importante era hacia dónde quería ir.

Ruby había decidido cambiar de ciudad y Carney había optado por el nego-

cio de los muebles. Una familia. Aunque era lo contrario de lo que había conocido de pequeño, la idea le atraía».

«Carney no estaba en compañía de hombres así desde hacía mucho tiempo. Antes, el delincuente era un individuo habitual en su vida. Su padre invitaba a compinches suyos al piso de la Ciento veintisiete; subían las escaleras pisando fuerte, aquellos rufianes de malévola mirada y estilo quiero y no puedo, con sonrisas tan falsas como los billetes de veinte que llevaban en el bolsillo de atrás. Arrodillado junto a la puerta de su cuarto, adonde su padre le había mandado, Carney les oía hablar y casi no entendía nada: “chorar”, “pellizco” ... ¿“Falangeta”? ¿Eso no tenía que ver con los dedos? Ah, palanqueta, para forzar cajas de caudales. Aquellos hombres se acordaban a veces de sus propios hijos perdidos y les hacían regalos peculiares: baratijas de puntas afiladas y peligrosos bordes que a los pocos minutos ya estaban rotas».



RANDOM HOUSE

UN HOMBRE HONRADO METIDO EN NEGOCIOS SUCIOS

«A pesar de la compañía, a Carney le gustaba ir a casa de sus suegros. De chaval se quedaba mirando las pulcras casas de ladrillo amarillo y piedra blanca de Strivers' Row, una curiosidad en medio de Harlem. Las aceras de la Octava Avenida se veían siempre bien barridas, las alcantarillas sin obstruir, los pasadizos entre las casas extraños dominios. ¿Qué manzana había en la ciudad que tuviera su propio nombre? ¿Cómo le habrían puesto al trecho de la Ciento veintisiete donde él había vivido? ¿“Vía Delincuente”? Un *striver*, una persona esforzada y perseverante, luchaba por conseguir algo mejor —tanto si tal cosa existía como si no—, mientras que el delincuente maquinaba sobre el modo de manipular el sistema imperante. El mundo como podría ser contra el mundo como era. Pero tal vez lo estaba pintando demasiado negro. Muchos delincuentes eran gente esforzada, y mucha gente esforzada quebrantaba la ley».

«Miami Joe se aflojó la corbata. Hacía mucho calor. El ventilador apenas si refrescaba el aire.

—Lo que quiero saber —dijo de nuevo dirigiéndose a Carney— es si puedes ocuparte de lo que afanamos. Nunca había oído hablar de ti hasta que Freddie nos dio tu nombre. ¿Lo haces a ratos perdidos o qué? No sé ni una mierda de ti.

No le faltaba razón, más de lo que se imaginaba. Porque Carney no era un perista.

De acuerdo, una parte de lo que tenía en la sala de exposición era robada. Teles, radios de cuando aún tenían salida, elegantes lámparas modernas y otros pequeños elementos de la casa en perfectas condiciones. Él era un muro entre el mundo criminal y el mundo decente, un muro de carga, necesario. Pero cuando la cosa iba de piedras y metales preciosos, entonces su papel era algo así como el de un agente de Bolsa. Freddie llegaba con algo y Carney se iba a pata hasta Canal, en el Bajo Manhattan, para llevárselo a Buxbaum. Buxbaum sacaba su lupa y su balanza, valoraba el botín y le daba a Carney cincuenta centavos por dólar para que este se los diera a Freddie. Carney obtenía un cinco por ciento de los beneficios de Buxbaum; de este modo el judío podía servir a clientela de color sin tener que desplazarse a sus dominios, sin tener trato directo con ellos, y así Freddie —y los escasos personajes del barrio que le llevaban plata o brazaletes incrustados de piedras— tenía otra salida para su mercancía, lejos del drama de Harlem».

«Como un mes más tarde, Carney recibió un paquete. Tuvo un mal presentimiento y cerró la puerta del despacho y la persiana que daba a la sala de exposición. Dentro de la caja, envuelto en papel de periódico como si fuera un pescado, estaba el collar de Lucinda Cole. El rubí destelló, lanzándole una mirada torva de lagarto. La letra de Pepper era infantil. Decía la nota: “Te lo puedes repartir con tu primo”. Carney no hizo tal cosa. Lo tuvo guardado durante un año, hasta que el asunto quedó atrás. Buxbaum le



RANDOM HOUSE

pagó un dinero que Carney apartó para la compra del piso. “Puede que a veces esté arruinado, pero aún soy honrado”, se dijo a sí mismo. Hubo de reconocer, sin embargo, que quizá no lo fuera».

«Una noche Freddie dijo que las estrellas le hacían sentirse pequeño. Los chavales no sabían nada de constelaciones más allá de las Osas y Orión, pero no era necesario saber el nombre de algo para saber lo que sentías por dentro; a Carney, contemplar las estrellas no le hacía sentirse pequeño o insignificante, sino reconocido. Las estrellas tenían su espacio y él el suyo. Todos tenemos nuestro puesto en la vida —personas, estrellas, ciudades—, y aunque nadie cuidaba de Carney y tampoco nadie creía que fuese capaz de conseguir nada serio, él estaba seguro de que llegaría a ser algo. La camioneta iba dando tumbos hacia el uptown. Y miradle ahora: de acuerdo, no tenía una placa de latón en un rascacielos, pero todo el mundo sabía que la esquina de la Ciento veinticinco y Morningside era suya, como atestiguaba su apellido en grandes letras mayúsculas, CARNEY, a la vista de todo el que pasara por delante».

CUESTIÓN DE COLOR... Y DE CLASE

«Hacía más de dos semanas que no sacaba a relucir lo de mudarse. No pasaba nada por intentarlo de nuevo. Una de las quejas de Alma era que su apartamento era demasiado pequeño, y por una vez Carney le daba la razón a su suegra. Para ella, un piso tan pequeño era una mues-

tra más de que su hija se había conformado con menos de lo que merecía. Alma utilizaba la palabra “conformado” como otros menos finos utilizaban “hijoputa”, a guisa de formón con el que hurgar en un determinado sentimiento. Elizabeth se había conformado con su empleo en la agencia de viajes después de todas las sutiles maniobras de sus padres, empeñados en ensalzarla, en convertirla en una honorable doctora negra, una honorable abogada negra. Y hacer reservas de hoteles y vuelos... en fin, no era lo que ellos tenían pensado para su hija.

Se había conformado con Carney, eso estaba clarísimo. Y con su familia».

«—Mamá... —dijo Elizabeth, fulminándola con la mirada. El Dumas era un club para negros no muy negros, o sea que le había tirado una pulla: a Carney no le admitirían jamás por ser de piel demasiado oscura.

—Estoy bastante ocupado con la tienda —dijo Carney—. Aunque parece ser que es un sitio muy agradable, por lo que cuenta Leland.

Solo un montón de hijos de papá, a cuál más estirado, a su modo de ver. Y aunque hubiera tenido la piel más clara, sus antecedentes familiares eran otra barrera. Y también su oficio. La humilde tienda de muebles no pasaría el corte; para acceder a la fraternidad del Dumas, Carney tendría que ser propietario de unos grandes almacenes, un Blumstein's para negros.

El linaje de la familia Jones era impecable. Desde su punto de vista, al menos. El abuelo predicador había sido uno de los líderes religiosos del viejo Seneca



RANDOM HOUSE

Village, comunidad de Manhattan integrada por negros liberados. Carney nunca había oído hablar de aquel sitio antes de conocer a los Jones, pero ellos sostenían la veracidad de la leyenda. En Seneca había unas doscientas personas, en su mayoría afroamericanos con algo de irlandés: los mestizos siempre vivían unos encima de los otros. Terratenientes negros, hombres y mujeres ahora libres, montándose la vida en la nueva ciudad».

«Y entonces a alguien se le ocurrió crear un enorme parque en medio de Manhattan, un oasis dentro de la ya bulliciosa metrópolis. Hubo varias propuestas en cuanto a su ubicación, unas rechazadas, otras replanteadas, hasta que los dirigentes blancos se decidieron por un rectángulo de grandes dimensiones en el corazón de la isla. Allí ya vivía gente, pero les dio igual. Los ciudadanos negros de Seneca eran propietarios de tierras, votaban, tenían voz. Pero no la suficiente. El Ayuntamiento de Nueva York expropió las tierras, arrasó el poblado, y eso fue todo. Los habitantes de Seneca Village se dispersaron hacia un barrio u otro, o a otras ciudades donde poder empezar de nuevo, y Nueva York tuvo su Central Park.

Casi seguro que hay esqueletos. Basta con cavar debajo de los parques infantiles, los prados, las silenciosas arboledas, suponía Carney, y seguro que encuentras esqueletos.

A Carney le gustaba mucho esa historia, pero no tanto la estúpida complacencia de quienes la mantenían viva. Alma provenía de un linaje similar: maestros y médicos durante generaciones, un tío

carnal que fue el primer alumno negro de una universidad de la Ivy League, un primo que fue el primer negro en obtener el título de médico en aquella facultad. El primer tal, el primer cual. Conscientes de su raza y orgullosos de ella... hasta cierto punto; lo bastante claros de piel para pasar por blancos, pero quizá demasiado ansiosos por recordarte que podían pasar por blancos. Carney introdujo una cucharada de potito Gerber en la boca de May y se miró la mano, comparándola con la mejilla de su hija. May era oscura, como él. Se preguntó si Alma aún sentía aversión cuando veía la piel de su nieta, si le entristecía que no hubiera salido más clara, como Elizabeth».

«Cuando le contó a Elizabeth lo de la invitación de Pierce, ella dijo: “Mmm...”. El Dumas era algo impropio de Carney, como podría atestiguar cualquier extracto de lo que había comentado sobre el club a lo largo de los años. Una parte de él pensó que a Elizabeth le gustaría. Era sin duda un signo de madurez dejar a un lado rencores arraigados en aras del pragmatismo. Despojarse de cierta coraza. Ante él no se extendía ninguna Nueva Frontera, pródiga e infinita (eso era para los blancos), pero al menos este nuevo país estaba a solo unas manzanas, y en Harlem unas cuantas manzanas lo eran todo. Era la diferencia entre esforzados y maleantes, entre oportunidades y una vida de miseria».

«La piel de miss Laura resplandecía. Ella sí que era la venganza personificada: fiera y decidida a todo, ajena a la piedad. Humillación: esa era la palabra que ha-



RANDOM HOUSE

bía empleado Elizabeth para describir el rechazo a Carney por parte del Dumas. Wilfred Duke podía hacer lo que se le antojara porque era quien tenía el dinero: podía embargarte, podía tardar meses en concederte un préstamo, podía coger el sobre que le dabas y mandarte a tomar por culo.

“Pof”. Así era como funcionaba el maldito país, pero de cara al mercado de Harlem era preciso cambiar de discurso, y ahí entraba en juego Duke. Aquel tipo era el establishment blanco pero oculto tras una careta de negro. Su moneda de cambio era la humillación, pero hoy miss Laura le había birlado la cartera.»

NUEVOS TIEMPOS, LA MISMA HISTORIA

«Si volvía la cabeza, el sórdido panorama le hacía fruncir el ceño. Cerveza Rheingold de barril, neón Rheingold en las paredes en dos o tres sitios, la cervecería había hecho lo posible por ganarse a los negros. Las grietas en la tapicería de plástico rojo de las viejas banquetas estaban lo bastante tiesas y afiladas como para hacerte un corte en la piel.

Menos cutre tras el cambio de dueño, hubo de admitir Carney. La ciudad de su padre desapareciendo poco a poco. El año anterior Bert, el nuevo propietario, hizo cambiar el número del teléfono público, con lo cual echó a perder un montón de negocios turbios y turbias coartadas. En los viejos tiempos veías a hombres hechos polvo encorvados sobre el teléfono, esperando la llamada que cambiaría su suerte. Bert instaló un nue-

vo ventilador cenital y echó a las putas. Los proxenetes eran otra cosa porque dejaban buenas propinas. Retiró la diana de los dardos, una inescrutable renovación hasta que Bert explicó que a su tío “le habían sacado un ojo en el ejército”. En su lugar colgó un retrato de Martin Luther King Jr., alrededor del cual quedó el contorno, a modo de halo, del tablero que había antes».

«Carney tenía trece años cuando los disturbios del 43. Un poli blanco disparó contra un soldado negro que había intervenido en el arresto de una señora negra con algunas copas de más. Fueron dos noches de locura en Harlem. Su padre dijo que se iba «de compras» y volvió con ropas nuevas para los dos. En ese contexto, ir de compras quería decir pasar por encima de los cristales rotos de un escaparate y no tener que preguntar al dependiente de la tienda. Su padre llevó aquel sombrerito hasta el día de su muerte, uno de color chocolate con una pluma verde en el ala que siempre enderezaba antes de salir de casa. A Carney le duraron menos el pantalón y el jersey porque enseguida le quedaron pequeños. Hasta el día de hoy, siempre que pasaba por delante de Nelson’s o de T. P. Fox se preguntaba si su padre les habría arrancado la ropa a los maniqués.

—Qué buenos tiempos —dijo Pepper. Lanzar bombas a los polis desde arriba. Rio entre dientes y desvió la vista con aire melancólico, recordando alguna trastada. A Carney le pareció ver la mirada de su padre—»

«No era necesario viajar hasta tan lejos, no hacían falta cohetes de tres fases



RANDOM HOUSE

ni cápsulas tripuladas ni complicados cálculos telemétricos para ver de qué otras cosas éramos capaces los humanos. Si Carney caminaba cinco minutos en cualquier dirección, las immaculadas viviendas de una generación eran la sala para chutarse de la siguiente, edificios miserables testificaban a coro el abandono generalizado, mientras que los comercios eran una exposición de vandalismo tras varias noches de protestas violentas. ¿Cómo había empezado todo este follón? Esa semana había sido porque un policía blanco había matado a un chico negro desarmado tras dispararle tres veces. Típicas habilidades estadounidenses. Pasen y vean: somos especialistas en hacer maravillas y en cometer injusticias, y siempre tenemos las manos ocupadas».

«Un sofá no puedes cargártelo a la espalda, pero en cambio puedes lanzar un cóctel molotov contra un escaparate. Por eso mismo Carney y Rusty habían pasado cuatro noches seguidas en la parte delantera de la sala de exposición, cada cual con un bate de béisbol comprado en Gary's Sports, la tienda que había un poco más allá. La persiana de seguridad bajada, todas las luces apagadas, montando guardia en la exquisita comodidad de sendos sillones Collins-Hathaway, cuyas virtudes los vendedores no habían exagerado ni una pizca a lo largo de todos esos años.

La mitad de los negros de Harlem contaba la anécdota de su abuelo allá en el Sur que se pasaba la noche entera sentado en el porche escopeta en ristre, esperando a que el Ku Klux Klan viniera a joder por algún incidente ocurrido en el pueblo. Negros legendarios. Carney y

Rusty bebían Coca-Cola y mantenían la tradición de la vigilia nocturna. En la mayoría de dichas anécdotas, a la mañana siguiente la familia hace las maletas y pone rumbo al Norte dando por terminada su época en tierras sureñas. Era el inicio de un nuevo capítulo en la crónica ancestral. Pero Carney no pensaba moverse de donde estaba. Al día siguiente subía la persiana, daba la vuelta al cartel de CERRADO por el de ABIERTO, y esperaba la llegada de clientes».

«Encontró un asiento libre en el vagón. Sacó la octavilla y la desdobló; la había redescubierto en su cartera al ir a comprar fichas. La semana anterior, en medio de las protestas, una joven universitaria le había parado en la calle Ciento veinticinco. Era lunes por la mañana y Carney estaba contemplando por primera vez las terribles consecuencias del fin de semana. La estudiante llevaba un pantalón blanco holgado y una camiseta ceñida a rayas verdes y blancas. Dado el ambiente crispado que reinaba en la calle, su determinación y su jovialidad eran toda una declaración de principios. La chica le cogió de la muñeca y le puso una octavilla en la palma de la mano:

INSTRUCCIONES:
UNA BOTELLA VACÍA
LLENAR DE GASOLINA
UTILIZAR UN TRAPO COMO MECHA
ENCENDER EL TRAPO
¡LANZAR LA BOTELLA Y MIRAR
CÓMO CORREN!

Cuando Carney levantó la vista, la chica ya no estaba. ¿A quién se le ocurría



RANDOM HOUSE

imprimir algo así? Era peligroso, fruto de una mente perturbada. Una vez en el despacho, dobló la octavilla y la guardó. No sabía bien por qué».

«Cuando le destrozaron el escaparate el sábado por la noche, el señor Díaz tardó menos de veinticuatro horas en poner una luna nueva. Y volvió a hacerlo cuando se la rompieron la noche siguiente. Aunque los saqueadores le habían limpiado la tienda y no quedaba otra cosa que robar aparte de la caja registradora, por lo demás reventada y vacía, volvieron a romperle el escaparate. Díaz cambió otra vez la luna. Hasta cuatro veces se repitió el baile. Aquel hombre, ¿era un monumento a la esperanza o a la locura? Era un individuo empeñado en agarrarse a una solución imposible. ¿Hasta cuándo se empeña uno en salvar lo que ya ha perdido?»

EL RITMO DE LA CIUDAD

«Tiempo atrás, pasear por delante de los atestados escaparates era como ir moviendo el dial de una radio: de una tienda salía jazz a todo volumen por unos altavoces de bocina; de la siguiente sinfonías alemanas; de la de más allá ragtime... S & S Electronics, Landy's Top Notch, Steinway the Radio King. Pero ahora era más probable oír rock and roll —un intento desesperado de atraer a los adolescentes— y que los escaparates estuvieran repletos de aparatos de televisión, las últimas maravillas de DuMont, Motorola y demás. Consolas de madera clara, elegantes diseños portátiles —el

último grito— y combinados 3 en 1 de alta fidelidad: tubo de rayos catódicos, sintonizador y giradiscos en un mismo mueble, una idea brillante. Lo que no había cambiado era el serpenteante itinerario de Carney por los contenedores y cubos llenos de válvulas de vacío, transformadores y condensadores que atraían a los “manitas” de toda el área metropolitana de Nueva York. Cualquier pieza que necesites, todas las marcas, todos los modelos, y a precio razonable».

«Esta primera ola de calor del año era un ensayo general para el inminente verano. Todo el mundo un poquito oxidado, pero cogiéndole el tranquillo otra vez a sus partituras y pasajes solistas de la sinfonía. En la esquina, dos polis blancos colocaban de nuevo la tapa de una boca de incendios, y no paraban de maldecir. Los críos llevaban días jugando con el chorro de agua. Las escaleras de incendios estaban cubiertas de mantas raídas. Hombres en camiseta bebían cerveza en los escalones de la entrada, bailoteando al ruido de unos transistores, los pinchadiscos parloteando entre canción y canción como amigos dando malos consejos. Cualquier cosa para demorar el momento de volver a sus cuartos recalentados, fregaderos repletos, tiras de papel atrapamoscas que ya no daban abasto, recordatorios del lugar que uno ocupaba en el escalafón social. Invisibles en las azoteas, los moradores de playas de asfalto señalaban hacia las luces de los puentes y los aviones nocturnos. [...] Así pues: ese apartamento en la cuarta planta de Riverside 528, que él se imaginaba como una agradable colmena de seis ha-



RANDOM HOUSE

bitaciones, un comedor de verdad, dos baños. Un casero que alquilaba a familias de raza negra. Con las manos apoyadas en el alféizar, Carney contemplaría el río en noches como la de hoy, la ciudad a sus espaldas como si no existiera. Aquel gimiente y acelerado batiburrillo de personas y hormigón. O, bueno, la ciudad existía, pero él le plantaba cara y la mantenía a raya a golpe de fuerza de carácter. De eso Carney sí era capaz».

«Soplaba brisa de la parte del río. Pestilente pero fresca. La excitación de la cacería y de la discusión posterior con Alma se había desvanecido. Un poquito mareado: no había comido nada desde el desayuno. Carney pasó al lado oeste de la calle y miró hacia el norte, siguiendo el muro de Riverside Drive, aquella hilera desigual de majestuosos edificios de ladrillo rojo y caliza blanca. El perímetro de un fortín para proteger a los buenos ciudadanos de Harlem. Error, una vez más: una jaula para impedir que la turba de locos que consideraban aquellas calles su casa pudieran escapar al mundo de más allá. A saber, qué caos no sembrarían, qué perdición, si los soltaban entre la población decente. Mejor tenerlos a todos aquí encerrados, en esta isla comprada a los indios por veintisiete pavos, según cuentan por ahí. En aquel entonces veintisiete pavos daban para eso y más.»

«Un poco más abajo, el espectáculo luminoso de Times Square resplandecía a medio gas, pero aun así espléndido. Nunca lo había visto desde donde estaba ahora, la Cuarenta y siete: las luces emergían desde el recodo de la Séptima

como si más allá acechara una especie de monstruo radiante. Últimamente Carney tenía a menudo la sensación de estar abriéndose paso hacia alguna otra parte. Sale uno de las calles que conoce y las leyes cambian. Distorsión de la lógica. Se puso a pensar en eso que dicen los niños, que sus juguetes cobran vida cuando los humanos se van a dormir, y se preguntó qué silenciosas e inesperadas mutaciones tenían lugar en aquellas grandes marquesinas y vallas publicitarias cuando nadie estaba mirando. Estaba bajando al metro cuando oyó que llegaba uno y se dio prisa para cogerlo. Arriba en la calle, como en un cuento para niños, las grandes letras negras tal vez estuvieran reordenándose para formar otros nombres, otras palabras, y diez mil luces parpadeantes se explayarán en una función sin público, fuera del horario normal. Quizá deletreando declaraciones filosóficas. Proclamaciones de verdad universal. Peticiones de ayuda y comprensión. Y tal vez, entre ellas, alguna afirmación pensada para él y solo para él: un perfecto mensaje de odio inscrito en la ciudad misma».

«Algunas manzanas estaban intactas y ese era el Harlem que reconocías. Pero al doblar la esquina te encontrabas dos coches volcados boca arriba como escarabajos, un indio de la tienda de tabaco decapitado delante de una hilera de escaparates hechos añicos. La entrada de una tienda de comestibles incendiada era como un túnel al inframundo. Furgonetas de Sable Construction con el motor en marcha delante de los inmuebles más afectados, mientras operarios tiraban paneles de pladur y capas de aislante satura-



RANDOM HOUSE

das del agua de los bomberos. El departamento de sanidad pública había hecho un magnífico trabajo y las aceras estaban limpias de basura y escombros; gracias a ello la caminata era menos inquietante, como si los locales en ruinas los hubieran traído de otra ciudad peor que esa.»

«Sitios que Carney nunca había visto se hacían repentinamente visibles, como cuevas que la marea baja pusiera al descubierto, revelando sus oscuros propósitos. Nunca habían dejado de estar allí, ofreciendo su propia ruta al submundo. Esta vez, con Munson, estaban yendo a lugares que Carney veía a diario, locales a dos pasos de su casa, sitios por los que había pasado desde que era un crío, y el inspector se los estaba descubriendo como tapaderas. Cada puerta era una entrada a una ciudad diferente... no, eran entradas diferentes a una sola enorme ciudad secreta. Tan próxima, tan cercana a todo lo que uno conocía, solo que subterránea. Bastaba con saber mirar.

Carney rio para sus adentros y meneó la cabeza por la forma en que lo había expresado, como si él no formara parte. Su propia tienda, si uno sabía cómo llamar, si conocía el santo y seña, te garantizaba la entrada a ese mundo de delincuencia. Nunca podías saber qué pasaba con la demás gente, pero sus naturalezas privadas nunca estaban demasiado lejos. La ciudad era una única y miserable vivienda repleta de individuos, y la pared que había entre ti y el resto de la gente era muy endeble».

«El barrio había desaparecido, arrasado. Todo cuanto había cuatro manzanas al sur del edificio de la compañía telefónica y cuatro manzanas al este de la infame autopista del West Side había sido demolido y borrado del mapa para dejar sitio al futuro World Trade Center, incluidos los semáforos y los carteles indicadores. Era como el día después de una ruinoso batalla. Manzana tras bulliciosa manzana de Radio Row, los almacenes textiles y las tiendas de sombreros de mujer y los puestos de limpiabotas, los restaurantes baratos, incluso las marcas en la acera donde los puntales del tren elevado habían sido fijados con remaches al hormigón: escombros y nada más. Los edificios de la ciudad vieja se alzaban imponentes en torno al lugar arrasado, una herida de otro tipo.

Ver tu ciudad patas arriba era toda una experiencia. Carney había experimentado una sensación de irrealidad durante los disturbios, cuando la violencia había transformado las calles que él tan bien conocía. Pese a lo que todo el país vio en las noticias, solo una pequeña parte de la comunidad había echado mano de ladrillos, bates de béisbol y queroseno. La devastación de aquellos días no era nada comparado con lo que tenía ahora ante sus ojos, pero si uno metiera la rabia y la esperanza y la furia de las gentes de Harlem dentro de una botella e hiciera con ello una bomba incendiaria, los resultados serían parecidos a esto».



RANDOM HOUSE

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Inmerso en un mundo de ladrones y mafiosos, Ray Carney quiere verse a sí mismo como un hombre honrado que a veces se desvía solo un poco de su camino. ¿Cuánto hay de cierto en esta autopercepción? ¿Qué sucede con el personaje a medida que van transcurriendo los diferentes episodios? ¿Carney es un mafioso más o hay algo que lo distinga del resto de criminales que aparecen en la novela?
2. Ray Carney es un personaje con una idea propia de quién es y qué quiere de su vida, pero a lo largo de la novela su visión choca con la de otros personajes que parecen verlo bajo una luz diferente, como Pepper, Freddie, el banquero Duke, el inspector Munson o sus suegros. ¿Qué le sucede a Carney cuando se ve expuesto a la mirada de los otros? ¿Qué pasa con su ambición y sus deseos frente a los comentarios de los otros?
3. Si bien se trata de un personaje de moral imperfecta, Carney consigue, con todos sus defectos, apelar a la empatía del lector. ¿Habéis llegado a empatizar con él? ¿Por qué?
4. Más allá de llevar tipos de vida diferentes, tanto Carney como Freddie parecen sentirse cómodos dentro del perímetro de Harlem, donde conocen las reglas y saben cómo gestionar las relaciones. ¿Qué sucede cuando se aventuran en otros barrios de Manhattan? ¿Qué vivencia tiene Freddie de la ciudad cuando se asoma a Park Avenue? ¿Y Carney en el downtown?
5. La ciudad de Nueva York y, especialmente, el barrio de Harlem son un personaje más de una novela que describe vívidamente un paisaje urbano que está experimentando importantes transformaciones. ¿Cuán amable u hostil es la relación entre la ciudad y sus habitantes? ¿Cómo reaccionan las personas frente a los cambios que vive la ciudad? ¿La ciudad se adapta a las personas o sucede al revés?



6. Carney tiene con sus suegros una relación difícil y humillante en la que salen a relucir constantemente las importantes diferencias entre las familias. ¿Pensáis que las tensiones vienen dadas por una cuestión de color de piel —los suegros tienen la piel algo más clara que Carney—, de clase o de linajes?
7. A través de elementos como la relación de Carney con sus suegros o del exclusivo club Dumas —que admite solo a «negros de piel clara»—, Colson Whitehead introduce un tema complejo: el racismo dentro de los márgenes de la comunidad afroamericana. ¿Qué nos dice la novela al respecto? ¿A qué causas responde esta forma de racismo que se reproduce dentro de la propia comunidad?
8. Pese a que sus padres intentan alejarla de su marido, Elizabeth se muestra decidida a permanecer junto a Carney, aunque eso suponga renunciar a muchas comodidades y descender un peldaño en la pirámide social. ¿Por qué pensáis que ella muestra tanta determinación? ¿Cómo es el discurso identitario que Elizabeth construye a lo largo de la novela?
9. Tanto a través de Elizabeth y sus padres, como de la relación de Carney con su padre, o de la historia de Linus Van Wyck y su familia, la novela ilustra relaciones familiares que distan de ser sencillas. ¿Cómo es el vínculo entre generaciones? ¿Qué les sucede a los personajes con el legado familiar?
10. Siguiendo el hilo de la pregunta anterior, cuando Linus entra a robar en casa de su familia tiene lugar una pelea con su padre, y se dice que: «Hay cosas que un padre le puede decir a un hijo que otros no deberían oír. Veredictos y afirmaciones hirientes, mezquindades disfrazadas de principios magnificados por el tiempo, rencores de honda raigambre». ¿Cuál es el peso que la mirada paterna tiene sobre los diferentes personajes? ¿Sucede lo mismo con las madres o en la novela ellas son figuras más desdibujadas?



11. *El ritmo de Harlem* es una novela protagonizada por hombres donde también cobran relevancia personajes femeninos como Elizabeth, Marie, Alma, la Tía Millie o Miss Laura. ¿Cuál es el rol de las mujeres en la novela? ¿Qué nos dicen sus papeles acerca de la época en la que transcurre?
12. La novela transcurre entre 1959 y 1964, pero a través de las historias de los personajes recorre un período más extenso de tiempo que se remonta hasta los años treinta y cuarenta del siglo XX. Los contrastes entre pasado y presente son una constante en una novela que narra el paso del tiempo a partir de cambios en el mobiliario, los electrodomésticos y la música, pero también, en el tejido social de los barrios. El Harlem de la novela ya no es el barrio de italianos y judíos, sino el gueto de los negros del sur que han llegado a Nueva York huyendo del Ku Klux Klan en busca de mejores oportunidades y menos segregación. A lo largo de este recorrido temporal, y según lo narrado en la novela, ¿qué sucede con el racismo en Estados Unidos? ¿Pensáis que aumenta, decrece o tan solo se transforma y encuentra nuevas formas de manifestarse?
13. Tanto en esta novela como en sus obras *El ferrocarril subterráneo* y *Los chicos de la Nickel*, Colson Whitehead indaga en la historia de la comunidad afroamericana y desarrolla el tema de la discriminación racial en Estados Unidos. En *El ritmo de Harlem*, además, retrata el momento en que la lucha por los derechos civiles comienza a cobrar fuerza en las calles de las ciudades. ¿Cómo miran los diferentes personajes a los activistas que salen a manifestarse? Respecto a este tema, ¿existe un quiebre generacional entre los afroamericanos?
14. Tras años trabajando con criminales y siendo testigo de actos de violencia, Ray Carney reacciona con estupor cuando una joven activista le da una octavilla que contiene las instrucciones para fabricar un cóctel molotov. ¿Qué os parece su reacción? ¿Por qué un hombre familiarizado con la escena criminal ve tanto peligro en la lucha de los activistas?



15. En *El ritmo de Harlem*, Colson Whitehead recupera el asesinato de James Powell, una de las tantas víctimas negras de la violencia policial en Estados Unidos. Este episodio histórico le permite tejer un puente con nuestro presente y acontecimientos como el asesinato de Georg Floyd o las protestas lideradas por el Black Lives Matter. ¿Encontráis paralelismos entre el pasado y el presente? Leyendo la descripción que Whitehead hace de los disturbios de 1964, ¿tenéis la impresión de que las cosas han cambiado para los negros o el racismo es un problema enquistado en la sociedad?

16. Colson Whitehead ha sido comparado en más de una ocasión con algunos de los referentes más importantes de la literatura afroamericana, como Toni Morrison o James Baldwin. ¿Cuál pensáis que es su aporte personal a la reflexión en torno a la discriminación y la violencia racial? ¿Qué añade su literatura al respecto?



EL AUTOR

© Madeline Whitehead



COLSON WHITEHEAD (Nueva York, 1969) ha publicado ocho novelas, de las cuales se han traducido al español *La intuicionista* (2000; 2022), *Zona Uno* (2012), *El ferrocarril subterráneo* (2017), ganadora del Premio Pulitzer 2017, el National Book Award 2016, el Indies Choice Book Award 2017 y la Andrew Carnegie Medal for Excellence; y *Los chicos de la Nickel* (2020), por la que obtuvo su segundo Premio Pulitzer, honor que comparte con

John Updike, William Faulkner y Booth Tarkington. También ha publicado el libro de no ficción *El coloso de Nueva York* (2005). Whitehead es profesor en las universidades de Columbia y Princeton, y ha recibido las becas Guggenheim y MacArthur. *El ritmo de Harlem*, su nueva novela, abre una saga policíaca cuya segunda entrega aparecerá este año en Estados Unidos.



RANDOM HOUSE

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *EL RITMO DE HARLEM*

«El nuevo y deslumbrante thriller de Colson Whitehead... En *El ritmo de Harlem*, Whitehead pone a prueba su fuerza literaria, expandiendo los límites y las expectativas de la novela negra. Este libro es también un drama social que interroga la naturaleza de los prejuicios y cómo el entorno limita la ambición».

Colin Grant, *The Guardian*

«Gloriosamente entretenido [...] un drama social chispeante, que combina pinceladas de alta comedia con reflexiones sobre la esencia de la emancipación y el empoderamiento negros en Estados Unidos. Es poco probable que surja una novela mejor este año».

Evening Standard

«Una brillante novela policíaca que funciona como una reflexión sobre la naturaleza de la geografía social negra».

The Financial Times

«Extremadamente entretenida [...] Whitehead también ofrece una acusación devastadora, históricamente fundada, de las vidas separadas y desiguales de negros y blancos en la Nueva York de mediados del siglo XX».

Daily Mail

«La trama que (Whitehead) ha ideado para *El ritmo de Harlem* le ha ofrecido un nuevo motor narrativo de alta velocidad con el que jugar, pero también le ha dado una forma de explorar ideas sobre la naturaleza resbaladiza de la moralidad, el poder (y quién lo posee) y las jerarquías sociales de subculturas criminales».

Janet Maslin, *The New York Times*

«La novela clava las complejidades del pasado de Nueva York, desde las maravillas de la Feria Mundial hasta la desesperación de los disturbios en Harlem».

Paula L. Woods, *Los Angeles Times*



RANDOM HOUSE

«Es una historia superlativa, pero el logro más impresionante es la representación amorosa que hace Whitehead del Harlem de los años 60, que aterriza de manera tan detallada y vívida como el Dublín de Joyce. No se sorprendan si esta novela le otorga a Whitehead otro premio importante».

Publishers Weekly

«Es un libro vigoroso lleno de personalidades poderosas y sabiduría mundana».

The Sunday Times

«*El ritmo de Harlem* es una novela policíaca y una saga familiar a la vez, es una carta de amor a Harlem y a los personajes descomunales que la habitan».

Vulture

«En esta revolucionaria novela sobre cómo la gente buena llega a justificar vidas delictivas, un maestro de la narrativa nos presenta personas y lugares bellamente retratados».

Olivia Ovenden, *Esquire*

SOBRE COLSON WHITEHEAD

«Uno de los mejores escritores norteamericanos vivos».

Mitchell S. Jackson, *Time*

«Su escritura hace lo que la escritura debe hacer: actualiza nuestra percepción del mundo».

John Updike, *New Yorker*

«Un autor que roza la maestría [...]. Whitehead se ha convertido en uno de los mejores novelistas de Estados Unidos».

Sam Sacks, *The Wall Street Journal*

